

Manuel Castiñeiras (Dir. cient.), *Compostela y Europa. La historia de Diego Gelmírez,*

Skira, Milán, 2010, 430 pp.

Javier Martínez de Aguirre

El nuevo rumbo que se quiso emprender a partir de la celebración del Año Santo Compostelano de 1993 tuvo uno de sus mayores logros desde el punto de vista cultural en la exposición *Santiago, Camino de Europa. Culto y Cultura en la Peregrinación a Compostela*. La inolvidable muestra, producto del buen hacer de su comisario Serafín Moralejo, nos dejó un monumental catálogo que ha quedado como una de las grandes aportaciones del siglo XX al conocimiento de la peregrinación jacobea. La presente publicación entronca con la tradición entonces iniciada, ya que estamos ante el catálogo de la exposición realizada con motivo del Xacobeo 2010, que ha tenido la peculiaridad de ser exhibida sucesivamente en París (marzo-mayo), Roma (junio-julio) y Santiago (agosto-octubre).

Ha sido su hilo conductor el arzobispo Diego Gelmírez, sin duda el personaje más destacado de la Compostela románica, por encima de la tan popular como escurridiza figura del Maestro Mateo. El interés no se ha centrado en su trayectoria vital íntegra o en su faceta de autoridad eclesiástica, sino, de acuerdo con el carácter propio de los años jacobeos, en los caminos que recorrió y las metas que alcanzó, en una inteligente y atractiva propuesta del comisario Manuel Castiñeiras.

En dos ocasiones recorrió el obispo la Calzada en sentido inverso. Esta llamada de atención al sentido inverso constituye uno de los logros de la muestra, que nos hace contemplar como algo “traído” todo aquello que generalmente viene siendo estudiado como “llegado” a Santiago. La voluntad ambiciosa del prelado, sus sueños y maquinaciones motivaron dos largos desplazamientos con destino Roma y uno dirigido a Braga, con intención de obtener reliquias. Gelmírez ha sido visto de manera contradictoria como cacique, traidor y príncipe de la Cristiandad. De igual modo, su celo por la dignidad de su sede episcopal puede entenderse como fruto de la soberbia o, en sentido positivo, como laudable pasión por el apóstol cuyas reliquias habían llegado de manera milagrosa a Santiago (si la providencia había conducido sus venerados

restos hasta cerca del *Finis Terrae*, cualquier actividad que incrementara el culto al santo sería digna de encomio, en la medida en que colaboraba con los designios divinos).

La apertura de nuevas perspectivas y la puesta en común de informaciones procedentes de distintos campos de investigación son dos de los procedimientos más seguros para avanzar en el conocimiento del pasado. Y eso es lo que se ha buscado mediante la conjunción de estudios de distinta naturaleza, cuya coherencia se aprecia desde la inicial consulta del sumario. Se distribuyen conforme a una organización tripartita de desigual extensión: “Compostela y Europa”, “Compostela” y “Europa”.

Corresponde al comisario y director científico, Manuel Castiñeiras, la redacción de los antecedentes y objetivos de la muestra (expuestos en la introducción) y el primero de los monográficos: “*Didacus Gelmirus*, patrono de las artes. El largo camino de Compostela: de periferia a centro del Románico”. Los trabajos previos del autor sobre creaciones del Románico Pleno en la catedral compostelana lo han facultado para la redacción de un texto que condensa informaciones muy variadas relativas al papel de Gelmírez en la plasmación arquitectónica y figurativa del gran templo. Tras revisar el programa arquitectónico e iconográfico del obispo Peláez, contextualiza la nueva edificación en sus nexos con los grandes obradores del Occidente europeo (Conques, Jaca, Toulouse, etc.). El autor encadena enriquece razonamientos que ha desarrollado en otras ocasiones y los combina con aportaciones novedosas, lo que le lleva a repasar cuestiones arquitectónicas, estéticas, simbólicas, litúrgicas, utilitarias, etc., siempre calibrando el papel que jugó Gelmírez e intentando establecer la intencionalidad y las circunstancias de los encargos. Presta especial atención a las dos puertas del transepto, la *Francigena* y Platerías, cuya ejecución jalona mediante una secuencia de hechos que resulta lógica contemplada en la perspectiva compostelana. Secuencia la participación de artistas diferenciados, repasa las vicisitudes de las puertas (con fases sucesivas ya en el propio siglo XII) y valora el componente significativo de cada uno de los elementos de los programas, cuyas líneas en ocasiones se nos escapan no sólo por la complejidad de su gestación, sino también por las modificaciones que han desembocado en la desaparición de la puerta septentrional y en el carácter de “palimpsesto en piedra” de Platerías. La densidad significativa de ésta última deriva de la incorporación de contenidos de diversa naturaleza. Unos derivan de su función de marco judicial, otros de la implantación de la Reforma Gregoriana o de lejanas evocaciones romanas y hierosolimitanas. Los últimos apartados del capítulo, relativos a la reorganización de la capilla mayor, inciden en los vínculos con la ciudad papal y con Tierra Santa. El autor toma postura decidida ante cuestiones muy debatidas (autoría, cronología, filiación, significados), que procura argumentar adecuadamente, aunque sus razones difícilmente convencerán a quienes parten de presupuestos diferentes, como prueba la lectura de otras aportaciones de este mismo catálogo.

Viene a continuación la segunda parte, bajo el título común de “Compostela”, centrada en diferentes aspectos de dos de las más significativas producciones de Gelmírez: la materialidad de la basílica (y su devenir) y el *Liber Sancti Iacobi*.

Adeline Rucquoi proporciona el telón de fondo de los logros intelectuales de la ciudad románica en “La cultura compostelana y el Camino de Santiago”. Es su objetivo demostrar que Santiago fue un destacado centro cultural, caracterizado por la recepción de gran número de extranjeros, lo que en su opinión se correspondía con su fama. Los testimonios que enumera avalan un notable grado de formación intelectual entre nobles y prelados gallegos. Los acompaña con datos sobre maestros, bibliotecas o artistas. Este sustrato habría permitido una acción eficaz a la hora de redactar escritos concebidos para la exaltación de la sede jacobea, que contaba con opositores tanto en Roma como en Toledo. De ahí el desarrollo de dos tradiciones textuales relativas al origen del culto a Santiago, en las que intervenían bien personajes locales (el rey y el obispo) o universales (Carlomagno).

En “La basílica compostelana y el camino de peregrinación”, John Williams traza las grandes líneas de una de las cuestiones más debatidas en el arte románico (y sobre la que él mismo ha escrito con anterioridad): la existencia o no de una “escuela”, “familia” o tipo eclesial propio de determinados centros de peregrinación. A continuación dedica un texto más amplio al epígrafe “La Catedral de Gelmírez como *martirium*”, en el que valora la actuación del prelado con respecto a la incorporación al nuevo proyecto de la tumba del apóstol situada en el presbiterio (y profundiza acerca de su materialidad).

Klaus Herbers atiende en “El Códice Calixtino. El libro de la iglesia compostelana” a las peculiaridades del *Codex* en la perspectiva de los *Libelli* hagiográficos. Analiza los textos que pretenden traslucir una legitimación papal y examina en qué medida coinciden con las pretensiones propagandísticas de Gelmírez. El *Liber Sancti Iacobi* tuvo como objeto subordinar importantes centros de culto franceses al santuario compostelano, favorecer la peregrinación jacobea y destacar la labor misionera de Santiago en la Península Ibérica. En su difusión jugó papel fundamental la copia del Pseudo Turpín.

Alison Stones analiza de manera sistemática la iluminación y la ilustración en el Códice Calixtino (iniciales, retratos y escenas). Aunque considera prematura cualquier identificación relativa a las fuentes de las iniciales más sencillas, en cambio sí le resulta factible enumerar paralelismos de los retratos y las escenas en creaciones procedentes de otros centros miniaturísticos occidentales (sobre todo en el Oeste y Norte de Francia). En la segunda parte se ocupa de las copias ilustradas del códice y su relación con la sede compostelana.

En el capítulo de José María Díaz Fernández, “El Pío Latrocinio de Gelmírez”, la sabrosa prosa del autor nos conduce a revivir las contradicciones del traslado de reliquias procedentes de Braga, sus versiones opuestas y la fortuna de las reliquias en la sede gallega a lo largo de los siglos (identificación y culto).

Miguel Taín Guzmán toma como base el memorial de José de Vega y Verdugo (siglo XVII) para exponer la “Pervivencia y destrucción del Altar de Gelmírez en la época moderna”. Hila un discurso bien estructurado a partir de imágenes y noticias ya conocidas, a las que añade referencias documentales inéditas, de tal modo que nos

presenta los sucesivos estados del presbiterio de la catedral compostelana. Analiza con detalle el devenir del frontal, la mesa del altar y la conversión de la *tabula* en cenotafio.

Las modificaciones de un encargo gelmiriano es también el objeto de estudio de Francisco Singul en “Un fuste granítico de una columna de la fachada del Paraíso de la Catedral de Santiago”. Aborda las consecuencias de la renovación de la *Porta Francigena* en el siglo XVIII. Para el autor es indudable que el fuste del *cruceiro* de Santa María de Lamas en Boqueixón (La Coruña) procede de dicha puerta, por lo que contextualiza su ornamentación y razona su posible ubicación original como soporte de una de las arquivoltas externas.

Concluye la segunda parte el texto de Ramón Villares “Ventura de Diego Gelmírez en la tradición cultural galleguista”, que realiza un seguimiento del olvido y recuperación de la figura del prelado, centrado en textos de autores pertenecientes a sucesivas fases de la historia del galleguismo cultural y político (Benito Vicetto y Manuel Murguía en el siglo XIX y Alfonso Daniel Rodríguez Castelao y Ramón Otero Pedrayo en el XX).

La tercera parte del libro, titulada “Europa”, se articula con relación a los viajes de Gelmírez, que le condujeron a Roma pasando por Toulouse y Cluny. El nexo común consiste en un acercamiento al arte que pudo conocer Gelmírez y a las influencias directas de dichos centros en las creaciones artísticas peninsulares y especialmente en Santiago.

Se inicia con el artículo de Arturo Carlo Quintavalle “Reforma Gregoriana y orígenes del Románico”. Bajo la aparente idea inicial de ubicar el arte italiano en el contexto del Románico Pleno, plantea las raíces intencionales de todo ese período artístico. Las producciones arquitectónicas de Italia, Francia y España, así como las novedades en las artes figurativas en busca de un mensaje común tendrían como referente la Reforma Gregoriana y responderían a una voluntad centralizada, la de la Iglesia de Roma, que se habría plasmado en un “*Dictatus papae* para las imágenes”, cuyo decálogo redacta “*de forma un poco irónica*”.

El capítulo de Quitterie Cazes sobre “Saint Sernin de Toulouse y la cuestión de los tímpanos esculpidos” avanza a partir de sus recientes estudios relativos a la gran basílica tolosana. Centra su interés en cuestiones relativas a la escultura, tanto en lo que se refiere a los programas desarrollados en las puertas (que conectan con las aspiraciones de la Reforma Gregoriana), como en la participación de los distintos escultores. Si bien en la valoración general del sustrato ideológico sus conclusiones resultan coincidentes con otros estudios ya comentados, detalles como el destino de los relieves del deambulatorio, ciertos aspectos de la cronología o los nexos con las puertas compostelanas ofrecen divergencias. Toulouse y su entorno languedociano se señalan como el único foco con un desarrollo artístico autónomo y coherente en este período, por lo que la pobreza de referencias documentales resulta especialmente decepcionante.

“El arte del Camino de Santiago y Cluny”, de José Luis Senra Gabriel y Galán, expone la presencia de Cluny en construcciones relevantes de los reinos cristianos

peninsulares vinculadas a la Calzada. Relativiza la importancia del monasterio borgoñón a la hora de comprender el desarrollo del Camino de Santiago. En su opinión, el elemento fundamental que permite identificar rasgos cluniacenses en la arquitectura castellana de la época es la presencia de un bloque occidental (Dueñas, Frómista y San Zoilo de Carrión). Ilustra el peso litúrgico cluniacense en el plano arquitectónico de la catedral compostelana mediante el comentario del altar de San Miguel sito en la tribuna. Y termina con breves consideraciones acerca de la expansión de la escultura borgoñona en Oña, Cardeña y Compostela.

En la línea de sus recientes estudios que reinterpretan obras clave del Románico Pleno de la Península, Francisco Prado Vilar propone con “*Nostos: Ulises, Compostela y la ineluctable modalidad de lo visible*” la nueva lectura de una de las creaciones singulares de la *Porta Francigena*: la columna interpretada por Moralejo como representación de la historia de Tristán e Isolda. El autor entiende que estamos ante episodios cristianizados de la epopeya de Ulises (Escila, la sirena y la navegación del héroe sobre las aguas habitadas por todo tipo de alimañas). El héroe fue visto como ejemplo modélico del peregrino que, superando las tentaciones del camino, alcanza su meta espiritual.

Vuelve sobre Gelmírez al otro lado de los Alpes, pero no en lo relativo al arte que pudo conocer el prelado, sino a las consecuencias que su actuación pudo causar, el estudio de Rosa Vázquez “Gelmírez y el culto jacobeo en Italia”. Examina en primer lugar los indicios que permiten pensar en la presencia de tal culto en el siglo XI (fundación de San Jacobo d’Altopascio). Trata a continuación la donación de la reliquia de Santiago a Pistoia y la veneración jacobea durante el siglo XII. Apela a los trabajos de antroponomía y onomástica de Olof Brattö para poner de manifiesto la utilización esporádica del nombre de Santiago con anterioridad y para desdibujar la imagen de Pistoia como foco único del culto. Por último, examina los testimonios relativos a la donación de la reliquia en la basílica romana de San Crisógono.

Para terminar con los desplazamientos europeos del prelado, Jean-Marc Hofman y Annaig Chatain revisan “El viaje de Diego Gelmírez a través de las colecciones del musée des Monuments français de París”. Tomando como punto de partida las noticias contenidas en la *Historia Compostelana* relativas a los templos visitados por el obispo en Francia, comentan las obras románicas de Saint-Sernin de Toulouse, Moissac y Cluny a través de las piezas conservadas en dicho museo (y de la copia de las pinturas de Berzé la Ville).

Los estudios van seguidos por las fichas de las piezas expuestas, con textos correctos y actualizados a cargo de Victoriano Nodar, Dulce Ocón, Charlotte Riou, Manuel Castiñeiras, Fátima Díez, Marco Piccat, Emmanuel Garland, Rosa Vázquez, Antonio Milone, Rocío Sánchez, Alison Stones, José Manuel Sánchez y Mercedes Pintos.

Entre los retos de la moderna historiografía no es el menor la reconsideración de asuntos previamente trabajados. Sobre Gelmírez y su intervención en la catedral de Santiago o en el *Liber Sancti Iacobi* se había escrito mucho y en ocasiones muy bien. La selección de temas y autores demuestra que era posible profundizar en un amplio

número de cuestiones, pero al mismo tiempo evidencia la necesidad del trabajo interdisciplinar y de la puesta en común de los resultados. La masa crítica constituida por quienes investigan sobre arte románico con altos estándares de calidad ha aumentado en las últimas décadas y el catálogo reúne un elenco de estudiosos cuyos méritos resultan indiscutibles. La selección puede considerarse acertada, lo que no significa que no existan otros autores que podrían igualmente formar parte de la nómina. Que aún queda mucho camino por recorrer lo prueban las divergencias relativas a cuestiones fundamentales de nuestro arte románico y sobre las que convendría alcanzar consensos básicos.

La edición, cuidadísima y hermosa, demuestra el acierto de haber elegido una firma editorial de gran prestigio en el ámbito de las publicaciones histórico-artísticas, la milanese Skira. La maquetación elegante facilita la lectura. Las ilustraciones son magníficas y su impresión muy conseguida (salvo, curiosamente, un porcentaje insignificante constituido por piezas conservadas en el Museo de la Catedral de Santiago, páginas 313 y 352). En su inmensa mayoría se presentan con las dimensiones apropiadas (a excepción quizá de las ilustraciones de la página 169, que a mayor tamaño permitirían seguir mejor los sucesivos estados del presbiterio). Una obra tan compleja como esta en lo relativo a las traducciones no podía dejar de contener alguna traición a los textos originales, como se aprecia en las páginas 147 y 244.

En conjunto, el catálogo supone una obra imprescindible en la bibliografía sobre la historia de la seo compostelana, sobre el fenómeno de las peregrinaciones jacobeanas y sobre los inicios del Románico Pleno.

Otros materiales audiovisuales que formaron parte de la exposición han sido recopilados en un DVD editado por la Xunta de Galicia bajo el mismo título *Compostela y Europa. La historia de Diego Gelmírez*. Contiene cinco producciones: “Castillo de Torres de Oeste (Catoira, Pontevedra)”, “Los tiempos del obispo Diego Peláez”, “Los viajes de Diego Gelmírez”, “La *Porta Francigena* de la Catedral de Santiago de Compostela” y “El Altar Mayor de la Catedral de Santiago de Compostela”. Merece la pena destacar las reconstrucciones virtuales de las arquitecturas tal y como se piensa que fueron conforme al estado actual de los conocimientos.